

SEVERIANO GIL RUIZ

Como las luces de Janucá

**Historia de la Comunidad
Israelita de Melilla**

Prólogo del autor

Fue a primeros de febrero de 2000; mi amigo Jacob Wahnón me hizo una sugerencia relativa a que teníamos que hablar de un proyecto; y, como no tardé mucho en darme cuenta de que, además de Jacoby, mi antiguo compañero de colegio, me estaba hablando el presidente de la Comunidad Israelita de Melilla, pude hacerme una idea de que algo se estaba fraguando en torno a mi afición de escribir y a una de las facetas más apasionantes, desconocidas y cruciales de la Historia de Melilla.

No estaba equivocado, y cuando, poco después, supe que me iba a poder dedicar a narrar los avatares de la Comunidad Israelita, sentí que se hacía realidad una vieja aspiración que, por distintos motivos, permanecía oculta y casi olvidada en ese limbo cerebral donde guardamos los mapas de los tesoros por descubrir.

Un desafío, un verdadero reto, una agradable dedicación..., y el orgullo suavemente matizado por una modestia fácilmente soslayable: ésas fueron mis sensaciones más intensas y, a renglón seguido, me puse a trabajar.

Lo primero, antes de abrir el primer tomo de una bibliografía más o menos aceptable en cantidad y calidad: ordenar ideas, abrir las entendederas y comenzar a buscar la línea a seguir para la realización del proyecto. Ni pensar todavía en título o en configuración física del libro, sólo dejar pasar la vida a mi alrededor y tratar de dar con el extremo del hilo que, siempre, lleva al ovillo de la verdadera esencia.

Y todo vino de golpe: el primer esquema me mostró ocho posibles etapas en las que podía dividirse la cronología histórica hebrea en el occidente mediterráneo, y el repaso del contenido del calendario judío me hizo asociar el número con las ocho lucernas de la fiesta de Janucá.

No sé realmente si fueron esas luminarias ócuples, o el hecho que éste fuese —apropiada coincidencia— mi octavo libro publicado; pero el caso es que la chispa acabó por prender en la yesca del intelecto que, ardiendo desde entonces, casi quemándome, me ha venido impulsando a escribir estas páginas que, además de la narración que es mi deseo concluir, no deja de ser un homenaje a todos cuantos, sin excepción ninguna, formamos parte de la actual realidad melillense, plural y, por ese mismo motivo, privilegiada.

Y si esta Historia de la Comunidad Israelita va dedicada especialmente a honrar a quienes ahora la forman, así como a sus ancestros, no hay que dejar de

lado el interés subyacente de hacer de ella un elemento de disfrute para el resto de los melillenses, un aporte a su propia identidad y un elemento con el que poder mostrar a los foráneos la inmensa suerte de tener una Historia tan rica y especial.

Ni que decir tiene que ha habido sorpresas. La primera, concienciarme, a poco de empezar, de que mi proyecto de trabajo de cinco meses se quedaba corto, muy corto, al ir descubriendo etapas y facetas que exigían una ampliación de mis conocimientos. La segunda, darme cuenta de que, con la realización de este libro, podía plantearme la vieja aspiración de abordar otro punto de vista sobre la Historia de Rusaddir/Melilla en el que, además, tenía un elemento permanente, inamovible y esencial como referente histórico: el pueblo judío.

Nada en la Historia es como se nos presenta; nada ocurre como aparece en los libros, porque no hay forma de representar en letra impresa las vivencias diarias, los momentos sucesivos que conforman los detalles de una vida. Así, cuando leemos que un pueblo se extingue, olvidamos que su memoria sigue perviviendo en sus herederos, aunque éstos ya formen parte de otra identidad colectiva. Cuando se nos escribe que ocurre una invasión, se nos olvida que el invasor no puede exterminar a los invadidos, so pena quedarse solo y desorientado en un medio que le es extraño. Cambian las banderas, los nombres y las ideologías, pero la esencia, la base humana que permite el desarrollo de la vida y de la Historia que prescinde de ellos, permanece, sigue siendo la misma, con sus asimilaciones, sus pérdidas y sus evoluciones, pero acumulando su pasado.

Y para ello, además de protagonista, ha sido inestimable para quien esto escribe que una colectividad como la israelita haya mantenido una presencia constante en el escenario sobre el que hemos hecho moverse a los actores —ellos mismos—.

No se me oculta que he contado con una ventaja importante —a destacar entre otras muchas—. El hecho de no ser historiador profesional, además de obligarme a afinar más la puntería, me ha permitido sentirme liberado con respecto a determinadas fidelidades a métodos o a precedentes y, sobre todo, ha propiciado que mi interés y apasionamiento creciera con la sorpresa del descubrimiento, algo impensable en quien ha convivido con la Historia desde siempre.

No voy a pedir perdón por mis omisiones o errores, como no solicito el aplauso por los aciertos; pero sí puedo afirmar desde aquí, antes de que nadie comience la lectura, que en todo momento me ha guiado la intención de ser honesto, y que, cuando el dato faltaba o la información se volvía equívoca, he

procurado aplicar en todos los casos la lógica y el razonamiento, que es lo único que, a los humanos, nos puede acercar al balcón desde el que se puede observar el vuelo de los ángeles.

Si debo —y quiero—, en cambio, hacer figurar mi más profundo agradecimiento a todos los que han ayudado, de una manera u otra, a la realización de este libro. Al pueblo judío, en primer lugar, por existir y proporcionar la mejor materia prima de la que extraer un protagonista; a la Comunidad Israelita de Melilla, de quien parte la iniciativa; a su presidente y mi amigo, Jacob Wahnón, con el que he disfrutado de agradables conversaciones y al rescatar recuerdos escolares; a Blas Jesús Imbroda, por su amor a la Historia y por los datos inéditos de inestimable valor que personalmente ha desenterrado para mí de las entrañas de su archivo; a Paco Acuña, por su incuestionable amistad; a Mercedes Genovés, por su atenta amabilidad; a Estudios Melillenses, por la disponibilidad de sus fondos bibliográficos; a Mordejái Guahnich, que siempre ha estado ahí, al extremo del hilo telefónico, en mi casa, al otro lado de la mesa de mi despacho o en cualquier esquina de las calles de Melilla; a Rocío Gutiérrez por su entusiasmo; a Simón Benguigui por su asesoría; a Pilar Fernández Uriel por su desinteresada disposición; a Antonio Ramírez por su atención; a Juan José Florensa por su perspicacia; a Ana Escobar por su constancia lectora y correctora del manuscrito; y a mi familia, que, en 1959, ayudó a un amigo judío a salir de Marruecos, imprimiendo en mi memoria infantil un hecho que, después, he podido estudiar a fondo durante el proceso de creación de este libro.

A todos, mis gracias más sinceras.

Melilla, noviembre de 2001

Introducción

PARA EL NO JUDÍO

Este libro nunca debería haber sido escrito; por una buena razón: cualquiera de nosotros tiene más que a mano todo lo que aquí se cuenta.

Porque, en esencia, si hiciésemos caso a la Historia y siguiéramos fiel e imparcialmente sus enseñanzas, hace tiempo que tendríamos asumidas como propias muchas de las crónicas que aquí se han vertido. Y, si no, no hay más que dar un repaso a nuestro propio presente recién pasado.

¿A quién no le suena cualquier fragmento del Antiguo Testamento? ¿Quién desconoce del todo a Moisés y la historia del pueblo judío? ¿Quién no ha oído hablar de los Diez Mandamientos?

Y no estamos manejando ideas o nociones aprendidas, sino conceptos asumidos por nuestra civilización y nuestra sociedad actual, tan lejana en muchos aspectos a lo que fue enseñanza tradicional hasta hace unos años.

¿Quién no se siente identificado con la gesta de Noé, la fortaleza de Sansón o la especial filosofía de Jesús de Nazaret? ¿Quién no utiliza como propia la idea fundamental de la Creación, la dualidad de Adán y Eva o el concepto feliz del Edén?

Bebemos de las mismas fuentes, conformamos nuestro esquema mental, ético y social sobre la base de unos arquetipos inamovibles, y hemos estructurado esta nuestra sociedad occidental sobre la base de una cultura que no es más que el conjunto de sucesivos retoques posteriores sobre un guión principal, magistralmente escrito y, en lo que nos toca, deficientemente interpretado por quienes no somos más que mediocres actores a la fuerza.

¿Por qué entonces diferenciar, matizar, observar e incluso estudiar como extraño algo que, indefectiblemente, forma parte de nosotros mismos?

La respuesta suena a acto de contrición, a sonsonete de arrepentimiento ante la evidencia de que, para nuestra propia sorpresa, hemos pecado de la necesidad más absoluta al mantener al margen uno de los componentes más preeminentes de nuestra propia identidad: la cultura hebrea, el conocimiento del mundo judío.

No es momento —ni lugar— para identificar las culpas, cebarse en los excesos o denostar las omisiones; pero pudiera parecer fútil, gratuito y poco formal tratar de contar una parte de la Historia que debería estar hace mucho tiempo asumida y que, sin embargo, no es así.

Todo lo que aquí se relata hace tiempo que debería formar parte de nuestro bagaje cultural occidental, europeo y español; todo cuanto aquí se muestra debería ser viejo en los anales de nuestra memoria; nada de lo que aparece en estas páginas tendría que sonarnos a nuevo y, sin embargo, así es para una gran mayoría de nosotros.

Pero siempre es factible retornar atrás, jugar con las ideas y las voluntades y trepar por ese árbol genealógico que, conforme va uniendo sus ramas en el tronco principal, nos acerca irremisiblemente a nuestros propios orígenes, hasta acabar por abofetearnos con la evidencia más grandiosa de que, todos sin excepción, procedemos de la misma raíz, pertenecemos a la misma Historia.

Por eso se impuso escribir este libro, que jamás debería haberse escrito.

SGR

Prefacio

UN VIAJE POR MARRUECOS

Presentes y pretéritos

Viajar en primavera por Marruecos es una experiencia altamente gratificante, a no ser que lo hagamos a lo largo de las estepas de Uxda, la provincia más nororiental de todo el reino magrebí. La meseta de Tafirat, situada al sur de la carretera principal P01, a la altura de Táurirt, es una extensión árida, monótona y salpicada de matorrales que parecen expresamente distribuidos para ocupar todo el inmenso llano, desértico, polvoriento y amarilleado por un sol que, ya en abril, resulta a veces insoportable.

Pero, aún así, la belleza del paraje se muestra, precisamente, en su intento de resultarnos desagradable y hosco. La inmensa planicie que se abre hacia el mediodía, surcada por una carretera recta y plana, se adorna en la lejanía con las masas montañosas que, por un efecto visual, nos hacen imaginarlas cubiertas de arbolado; aunque pudiera parecer que nunca acaban de acercarse, detenidas en el horizonte por el peso enorme del cielo azul que se apoya sobre ellas.

Esas montañas eran nuestro destino en un brillante y luminoso día de primeros de mayo, y a pesar de la alta velocidad que permite el trazado rectilíneo y poco imaginativo de la carretera S412, debíamos mirar una y otra vez el mapa para cerciorarnos de que era correcta la orientación y que el macizo oscuro y sobresaliente sobre el llano inmenso era el que aparecía rotulado con el sonoro y sugerente nombre de nuestro destino: Debdú.

Y al fin, como un premio por el tedioso trayecto de sesenta kilómetros desde Táurirt, el paisaje cambió; primero un poco, en tanto nos aproximábamos al macizo montañoso que, ahora sí, se alzaba sobre el horizonte con sus picos de más de mil quinientos metros de altitud, y luego todo se volvió verde, jalonado de arbolado y alfombrado con la cosecha a punto de ser recogida.

Limitado por los dos tentáculos enormes que el macizo adelanta hacia el viajero, la entrada de un valle ubérrimo y fresco indica que estamos por fin fuera de la meseta ocre que hasta hace un instante nos rodeaba, y la carretera se pega a las faldas de las montañas, respetuosa con los cultivos y el panorama de un mundo distinto y calmo.

El valle se introduce, estrecho, en el corazón de los montes, y no pasan cinco kilómetros sin que divisemos los vestigios de la ciudad vieja trepando por las

colinas del fondo, mientras el Debdú moderno se adorna de hayas, tuyas, palmeras y abetos, como un antecedente de los bosques que cubren las cumbres y, a la vez, como un recuerdo del que fue solar de un reino de la antigüedad estratégicamente bien situado de cara al comercio de entonces y, por lo tanto, próspero y feliz; un reino en cierto modo discreto, pero perfectamente preparado para ocupar su lugar en la Historia, un lugar que supo mantener durante siglos a base de un poderío comercial basado en su especial situación geográfica y, por supuesto, apoyado y protegido por un eficaz ejército capaz de disuadir el apetito político de los muchos pretendientes e invasores que lo codiciaban.

Los habitantes del pueblo viejo sabían a qué íbamos, y sorprende que, a pesar de su localización apartada, a medio camino entre la costa del Norte, el fértil Oeste y el atractivo y desértico Sáhara, la gente de allí no se extrañe, como en otros lugares, de los potentes vehículos todo-terreno y el aspecto europeo de quienes los ocupan, y todos tienen preparada la mano y la palabra para indicar cuál es la empinada calle que sube hacia los cementerios judíos que son el motivo de nuestro viaje.

Porque son dos, apenas distanciados una decena de metros entre sí, y a los que se accede por esa calleja empinada por la que el viajero empieza a introducirse en un entorno, invariable desde siempre, que le tiende la mano para llevarle de vuelta a un pasado de hace seis o más siglos.

Los dos cementerios se encuentran en la parte más alta de la vieja ciudad amurallada; están perfectamente protegidos por altas tapias recientemente restauradas y custodiados por el encargado, sidi Mohammed, que nos facilita el paso abriendo las puertas metálicas que —primera sorpresa—, llevan grabadas una enorme rosa, la misma que, después, se ve repetida con asiduidad en las lápidas que aún son legibles.

Y allí, junto a las tumbas y con la imagen de Debdú desbordándose a nuestros pies, el tiempo se para, los curiosos desaparecen y hasta el sol, que golpea fuerte en el medio día africano, se muestra respetuoso con el trance de revivir el pasado dinámico, rico y poderoso de aquéllos que, ahora, descansan bajo pesadas losas de piedra gastadas por la intemperie.

Un pasado de leyenda y un misterio por resolver

No es una faceta asumida de la Historia, excepto para quienes acostumbran a bucear profundamente en ella, y es bien cierto que está lejos de los conceptos

tradicionales la imagen de un aguerrido ejército judío cabalgando al galope por la estepa de Tafrat; aunque las leyendas autóctonas están llenas de alusiones a la importancia de numerosas harkas judías que participan en todos los acontecimientos bélicos ocurridos en la región. Y, sin embargo, cuando uno se encarama en las crestas de Lal-la Mimuna o Aaín el-Kbira, no resulta sorprendente la facilidad con que el pasado puede aparecer de la mano de un escenario tan evocador; sobre todo si, previamente, hemos sabido convocar los elementos precisos, ocultos por regla general en las páginas de la Historia no convencional. Aunque, después de todo, nosotros no sabríamos nada acerca de Debdú de no ser porque la Melilla castellana del siglo XVI recoge en sus anales un curioso episodio relacionado íntimamente con el enclave que nos ocupa.

El 12 de julio de 1550, cuando gobernaba la plaza fuerte el alcaide Juan de Perea, llega a las inmediaciones de las guardias avanzadas castellanas la vanguardia de un ejército procedente del Sur. Alertados los soldados de Medina Sidonia, reciben a esos visitantes extraños, en los que causa sorpresa su forma de hablar, hasta el punto de que el jefe de la guardia envía a un emisario a la fortaleza para que regrese con un anciano, ya que los recién llegados hablan de un modo que él define como "... a la manera de nuestros abuelos". Huelga decir que esa manera de hablar correspondía a los judíos sefardíes, que empleaban un castellano más propio de hacía un siglo, el mismo que hablaban en la península ibérica antes de que el decreto de expulsión de los Reyes Católicos les privara del solar que les había visto nacer a ellos, a sus padres, a sus abuelos, y así hasta remontarse a épocas pretéritas.

La comitiva va llegando, y los melillenses se enteran de que se trata del emir de Debdú, Mulay Amar, que ha sido destronado y viene a acogerse a la plaza cristiana con su ejército, sus vasallos incondicionales y su séquito.

El alcaide les recibe y les permite alojarse dentro de la zona castellana que, por aquellas fechas, comprendía un área ciertamente extensa a tenor de lo que conocemos por el emplazamiento de los fuertes exteriores.

Era Melilla, todavía, una plaza propiedad de la casa ducal de Medina Sidonia que, como recordarán los más familiarizados con la Historia, en 1556, cedió la fortaleza a la corona de Castilla por ser muy gravoso al duque el sostenimiento de la misma.

Pues bien, en aquel entonces, nadie tenía más que una remota idea de dónde estaba Dubdú, Debdú o Dugudú, que era como se referían los naturales a su tierra, y de la que antes ningún cristiano había oído hablar, hasta el punto de que, a una carta del príncipe Maximiliano de Austria, sobrino del emperador y, a la sazón,